

envuelve a nuestro ser como filipinos; que ha contribuido y contribuye a deformar y caricaturizar nuestra figura y nuestro tipo verdadero y real, así como a adulterar y falsear nuestro espíritu genuino y legítimo. Y aprovechando este aislamiento, hagamos un examen de conciencia y tengamos el coraje suficiente de confesar nuestras culpas y faltas, con firme propósito de enmienda y rectificación.

Si los quilates de grandeza y civilización de una nación se midieran por las cualidades morales y cívicas de sus ciudadanos, por sus costumbres y hábitos de dignidad, disciplina y temor de Dios, yo me atrevería a afirmar que, desgraciadamente, mucho hemos perdido en ese sentido en el curso de estos cincuenta años que llevamos de siglo, debido a haber estado sometidos a influencias extrañas, que aquí han implantado el laicismo en las escuelas y el libertinaje en las costumbres, procurando también apagar los resplandores de una lengua con la que aprendimos a creer en Dios y amar a la patria. Alusiones funestas que han devaluado el oro legítimo de nuestra moral; ahogando con ello lenta, pero eficazmente, nuestras mejores cualidades y virtudes; minando los cimientos que servían de base a la estructura de nuestra personalidad como pueblo y como nación, hasta el extremo de inducirnos a suplantar nuestra fe de bautismo, falseando la ascendencia materna que nos dió la vida y la existencia.

Y si no se ha perdido todo; si aun nos quedan esperanzas de volver a levantar y reconstruir lo destruido es porque parte de esa estructura se mantiene en pie, gracias a la labor tenaz y perseverante de los ministros de la Iglesia y de los centros de enseñanza privados, donde se enseña a la juventud el temor a Dios y la obediencia al Decálogo, y gracias a ese espíritu de hispanidad que todavía alienta y vive en algunas capas de nuestro mundo social y político. Espíritu de hispanidad con el que se han ido tejiendo los lazos que dieron consistencia y realidad al concepto cristiano de la familia y del hogar nativos; espíritu de hispanidad que nos inculcó el respeto al superior, la obediencia a la ley y el acatamiento al orden social establecido por el Derecho Natural; espíritu de hispanidad que se revela y manifiesta en las sagradas páginas del "Noli", en los versos inmortales del "Último Adiós," en la constitución de la primera República y en las actas del Congreso de Malolos; perpetuado en las brillantes peneas de nuestros magistrados, en las inspiradas y sublimes amorfas que brotaron de la lira de nuestros poetas nacionales, y en las oraciones parlamentarias de nuestros más grandes tribunos. Espíritu de hispanidad que vibra y resuena en nombres de provincias, pueblos y barriadas, calles y avenidas, plazas y lugares de nuestro suelo; espíritu de hispanidad que moldeó y formó el alma y el cerebro de las figuras más rutilantes y egregias de nuestra historia; espíritu de hispanidad que se resiste a desaparecer y a ser aniquilado, del cual nuestros propios nombres y apellidos son un constante recordatorio, al par que una severa recriminación a nuestra indiferencia rayana en olvido, a lo que es esencia y alma de nuestra propia existencia.

Nuestra gratitud al gran pueblo norteamericano, como nuestro mentor y guía en los métodos democráticos de gobierno, hasta llegar a concedernos una independencia respaldada por su prestigio y poderío, no debe ser motivo ni causa para olvidar, ni menos depreciar, los sagrados lazos que nos ligan a la Hispanidad.

Y si antes, bajo una tutela o presión extraña, se llegó a la relajación de esos lazos, y hasta a olvidar y despreciar sus valores positivos, ahora ha llegado el momento de que hagamos un balance de nuestro acervo cultural y moral, y de acuerdo con ese balance nos determinemos a recuperar y restaurar lo perdido: primero, implantando la instrucción religiosa obligatoria en todas las escuelas y colegios de la nación, para que el filipino no sólo sepa leer y escribir, pensar y discutir, gobernar y mandar; sino que también conozca lo que es creer en Dios y amar al prójimo; piedras angulares y bases imprescindibles para que en toda comunidad reinen la paz y el orden, la libertad, la igualdad y la fraternidad en su verdadero concepto cristiano y puro. Y segundo, dando a la enseñanza del idioma español todos los privilegios y prerrogativas a que tiene derecho, no sólo como instrumento de cultura y civilización, sino porque para nosotros fué el puente de oro y la llave mágica que nos abrió el camino y nos franqueó el sendero que conducen a la manumisión y a la propia soberanía; y no tratar a ese idioma como a una Cenicienta o una pordiosera, que tiene que mendigar un hucco mísero y oscuro en nuestras escuelas y universidades, olvidando que en esa lengua aprendieron nuestros héroes y mártires, nuestros caudillos y estadistas lo que valen y significan estas tres palabras: Dios, patria y libertad.

Sólo así demostraremos al mundo que Filipinas es como debe ser; sólo así brillará para nosotros en todo su esplendor el sol de nuestra enseñanza, sin que las generaciones futuras puedan culparnos de haber perdido y destruido tesoros de tanto valor, legados a nuestros padres y abuelos como copartícipes de esa hispanidad que hoy conmemoramos.

Que este Congreso, damas y caballeros, sea el primer paso que nos oriente a tan nobles fines; la voz evangélica de "levántate y anda" para esa labor de rectificación y desagravio; el toque de alerta que despierte de su letargo, no sólo a los elementos hispanistas de Filipinas, sino a todo filipino orgulloso de serlo; para que, unidos y organizados, nos decidamos a emprender esa campaña de reafirmación en nuestro origen histórico, de rectificación de pasados errores y de adhesión cálida, sincera, ferviente y entusiasta a ese grupo de naciones que piensan y sienten como nosotros, porque al igual que nosotros aman y odian, rien y lloran, cantan y oran en el mismo idioma, y con nosotros bebieron de la misma fuente y heredan de una madre común los altos conceptos de hidalguía, caballerosidad y fe en Dios, que no tienen precio ni son cotizables en el mercado del oro, porque no pueden comprarse, puesto que sólo se adquieren por derecho de sucesión.

DISCURSO DEL HON. SR. FERNANDO LÓPEZ

EL PRESIDENTE DE TURNO. Ahora nos dirigirá la palabra el Honorable Señor Fernando López, Vicepresidente de Filipinas y Vicepresidente Honorario del Primer Congreso de Hispanistas.

EL HON. SR. LÓPEZ. Distinguidos miembros de este Congreso; damas y caballeros:

Efusiva y cordialmente, yo os felicito por la brillante idea que habéis tenido de organizar este Congreso de cultos y sabios hispanistas, en un período de nuestra historia nacional en que todas las fibras

de la vida del país están sufriendo una viva y fuerte renovación, una especie de remozamiento de todas las savias espirituales de la raza filipina.

Vosotros sois los legítimos y auténticos herederos de los gloriosos lauros espirituales, ganados por los antiguos cruzados del Hispanismo que os precedieron en el camino de la lucha para conservar, defender y mejorar el tesoro espiritual de la cultura hispánica de nuestra querida Patria.

Es vuestro deber conservar este bendito legado para las generaciones del porvenir, no sólo para que sirva de base sólida al edificio de la unidad y libertad de Filipinas, sino también para que forme el núcleo de la cadena de ensueños y esperanzas en que cifraron sus vidas y sus fortunas otros hombres, tan grandes y tan patriotas como vosotros, pero menos afortunados que vosotros, porque mientras vosotros veis resplandecer la nueva aurora, ellos, en cambio, cayeron en la noche de los tiempos, sin ver granar la semilla que echaron en el surco.

Como vosotros, yo también me doy cuenta de la suprema importancia y profunda significación de la Fiesta de la Raza, hoy llamada más propiamente Día de la Hispanidad.

En esta efemérides se celebra el aniversario del descubrimiento de América, que tuvo lugar el 12 de octubre de 1492, cuando el intrépido navegante Cristóbal Colón desembarcó en la isla de San Salvador y, luego, tomó posesión de las tierras de América en nombre de los Reyes Católicos, Isabel y Fernando, de España.

Cuanto más estudiamos la gloriosa hazaña del gran almirante Cristóbal Colón, bajo la égida del gobierno español, tanto más nos daremos cuenta de la magnífica y saludable influencia que tan alta ejecutoria ejerció y sigue ejerciendo en el estado social y político del mundo. Aquello no fué solamente un mero descubrimiento de tierras. Aquello implicaba una verdadera floración ideológica, una súbita mutación del pensamiento de la Humanidad y un cambio radical y completo del estado del individuo y de la sociedad de entonces.

Antes del descubrimiento de América había en Europa una raza que se creía superior, amparándose en las teorías y principios del antiguo paganismo: era la raza erodada por el emperador Julio César que había acaparado el dominio y la hegemonía sobre todas las partes conocidas del globo desecubierto.

La hazaña colombina tuvo sus repercusiones en la primera comprobación práctica de la redondez de la tierra por Sebastián Elcano, y en el hallazgo de las Islas Filipinas por Hernando de Magallanes el día 16 de marzo de 1521.

Si en vez de la España de los Reyes Católicos, Isabel y Fernando,—la España propagadora y defensora del Catolicismo, hubiese sido la Roma de los Césares y de los emperadores la que hubiese descubierto las Américas y las Filipinas, tal vez el destino de los pueblos descubiertos y civilizados hubiera sido no sólo muy distinto, sino también muy triste y doloroso.

Louado sea Dios, que en sus sabios designios ha permitido que España, una nación tan noble y buena, haya venido a nuestro suelo para convertirnos al Cristianismo, para que, más tarde, de la amalgama de ele-

mentos de varias culturas extranjeras, transfundidas en las substancias de la raza malaya, pudiera surgir definitivamente la raza propia, la raza filipina, cristiana y democrática, libre y soberana.

Los descubridores y misioneros españoles que vinieron a Filipinas en los comienzos del siglo dieciséis, nos trajeron y enseñaron el idioma castellano, puro y castizo, el mismo idioma que hablaron Cervantes, los dos Luises, Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz y otros genios literarios españoles.

Y nosotros, los filipinos, no sólo hemos aprendido en el andar de los tiempos tan sin igual lenguaje, sino que también lo hemos perfeccionado y embellecido con las filigranas del ingenio nativo. Nuestros grandes portalaras como Apóstol, Palma, Guerrero, Paterno, Balmori y otros, le dotaron de nuevos ritmos y armonías. Pensadores y filósofos como Rizal, Mabini, Del Pilar, Pardo de Tavera, Ponce, Epifanio de los Santos y otros lo hermosearon con la elevación de sus pensamientos y la energía viril de su estilo. Oradores, como Graciano López Jaena, Macario Adriático, Manuel L. Quezon, Tomás G. del Rosario, Dominador Gómez, Manuel Rávago y otros, hicieron vibrar en el lenguaje español las ansias y aspiraciones de la Raza, que, superando todos los obstáculos del momento, no descansó hasta ver hecho carne su sueño de libertad e independencia.

Señores congresistas, aprovechemos esta oportunidad para rendir un homenaje cordial y sentido a los hispanistas del pasado, a los gloriosos cruzados de la cultura hispánica: a José Rizal, Marcelo del Pilar, Graciano López Jaena, los hermanos Luna, Pardo de Tavera y Palma, Cayetano Arellano y tantos otros llorados caballeros de la pluma, que no pocos precedieron en la dificultosa jornada de luchar y trabajar por la conservación y propagación en estas latitudes de la cultura hispánica y del idioma español.

Y ya que estamos congregados en los salones de esta Universidad, tampoco debemos olvidarnos de la brillante labor de los fundadores y directores del Centro Escolar de Señoritas como pedagogos y como entusiastas hispanistas.

Antaño había aquí dos colegios: El Centro Escolar de Varones, fundado por los hispanistas Fernando Salas y José Soneuya, y El Centro Escolar de Señoritas.

El Centro de Varones desapareció juntamente con sus fundadores. Pero el Centro Escolar de Señoritas todavía vive y florece. Sean nuestros más sinceros elogios y nuestra gratitud, para esta *alma mater* de las madres y heroínas filipinas del porvenir; especialmente para la nunca bastante llorada Librada Avelino, cuya santa memoria y noble ejemplo todavía sirven de estímulo e inspiración a las actuales directoras, profesoras y alumnas de este ilustre centro de enseñanza. Ella fué en vida una gran laborante y defensora del idioma castellano.

Si, como dijo el gran escritor inglés Samuel Johnson, "el lenguaje es el parentesco de las naciones", por medio del lenguaje español nosotros, los filipinos, nos hemos "emparentado" espiritualmente con todos los pueblos y hombres hispanoparlantes de la tierra. La cultura es el verdadero barómetro de la libertad y del progreso. La prosperidad de un pueblo no depende de la abundancia de sus recursos, ni de la belleza

de sus edificios públicos, ni de la potencia y estabilidad de sus arsenales y baluartes militares; sino principalmente del número de sus ciudadanos dotados de cultura, de ilustración, de conciencia cívica, de carácter y de virtud.

Vosotros, los hispanistas, sois los nobles apóstoles de un nuevo idealismo; los nuevos Quijotes que vuelven a enristrar sus lanzas de hidalgos, no para luchar contra vanos inútiles molinos de viento, sino para afrontar la realidad, para sentir las palpitaciones y latidos del alma y del corazón de la Patria, para compenetraros de sus angustias y pesares, y, finalmente, para compartir con la Patria idolatrada los ensueños y las esperanzas de un porvenir de progreso, de paz, de gloria y de felicidad.

Señores congresistas, estoy con vosotros hoy, porque, como vosotros, quiero, pienso y trabajo para que la cultura hispana no desaparezca de Filipinas y para que el idioma castellano continúe siendo hoy, como ayer y como mañana, uno de los idiomas oficiales del pueblo y del gobierno de Filipinas.

Hubo un tiempo en que el español parecía a través su más terrible crisis en nuestro país. Hasta se llegó a temer que, tal vez, desapareciera de Filipinas, reemplazado por el inglés y por el tagalo. Para fortuna nuestra, durante estos últimos años, se ha observado una verdadera reacción, un súbito despertar, un renacimiento fuerte y vigoroso del idioma hispano. No sólo en la prensa, en la tribuna y en los centros y estradas de enseñanza se alzó la voz de alerta para la conservación del castellano. El vigoroso cleaje alcanzó hasta el mismo Congreso legislativo hasta entonces resaca o indiferente. Fué cuando se presentó y se aprobó el proyecto de ley del Senador Vicente Sotto. Yo, entonces, era todavía miembro del Senado, y, como senador, voté y trabajé para que el proyecto de Sotto se convirtiera en ley, porque tenía, como sigo teniendo, la firme convicción de que los filipinos necesitamos de este lenguaje para conservar los vestigios de nuestra antigua y gloriosa tradición y como medio para promover la paz entre muchos pueblos de la tierra.

Vosotros, como verdaderos hombres de cultura, tenéis en vuestras manos la clave de la solución de muchos problemas nacionales. Es vuestro privilegio y vuestro orgullo, como lo son también míos, trabajar por nuestra Patria.

La República Filipina enfrenta hoy muchísimos problemas de primordial importancia, y uno de ellos es el palpitante problema económico. En estos momentos críticos, debemos mejorar y estabilizar la economía de Filipinas. Necesitamos reorganizar nuestras finanzas. Debemos aumentar la producción interna y, al propio tiempo, poner frenos y cortapisas al desequilibrio del comercio exterior e internacional, al agiotaje y al estraperlo, así como a las manipulaciones monetarias y comerciales que puedan mermar, desnivelar y hasta destruir nuestra estabilidad financiera. El Gobierno está adoptando todas las medidas y precauciones necesarias para evitar una crisis en todos los sentidos. Pero es necesaria la cooperación sincera y entusiasta del pueblo, para que, cuando se pongan en práctica las nuevas medidas legislativas y administrativas, podamos ofrecer pruebas de un máximo grado de eficiencia.

En lo que respecta a nuestras relaciones con España, podemos asegurar que la República Filipina ha sido una de las naciones que gustosamente concertó con ella un tratado de amistad. Como senador, fuí yo uno de los que votaron y trabajaron para que ese Tratado fuera ratificado por el Senado. La norma de nuestra actitud hacia España, es sólo ver en ella a la vieja madre, que, en este período crítico de la historia, al ver a su hija Filipinas hecha una nación libre e independiente, vuelve hacia ella los ojos impregnados de dulce añoranza y el corazón estremecido por la nostalgia y el recuerdo perdurable.

La historia del Hispanismo está directamente ligada con la historia de Filipinas. No se puede escribir nuestra historia sin incluir en ella capítulos vibrantes de la historia del lenguaje castellano y de la cultura española en Filipinas.

El lenguaje es el barómetro del pensamiento y del carácter de un pueblo. Según el gran escritor inglés Coleridge "el lenguaje es el arsenal de la inteligencia humana, y, al mismo tiempo, contiene los trofeos de su pesado y las armas de sus futuros conquistas."

Lo mejor del tesoro histórico de Filipinas está escrito en castellano. Los fundadores de la Nación filipina, desde los gloriosos días de los mártires de la Patria, los Padres Burgos, Gómez y Zamora, hasta la hora de la emancipación completa y definitiva, emplearon el castellano en sus trabajos de propaganda patriótica. Con juste razón puede decirse que el castellano fué y es aún el idioma del Nacionalismo filipino.

¡Adelante, Caballeros del Hispanismo!

Desde las vestustas y doradas torres de las iglesias y colegios antiguos, cuatrocientos años de cultura hispana os contemplan.

¡Adelante, cruzados de una gloriosa cultura, defensores de un ideal sagrado, apóstoles de la tradición y sabiduría de una Raza! Proseguid vuestra noble labor y sed dignos de la confianza y de las esperanzas que una Patria libre y fuerte ha puesto en vuestras manos aptas y capaces y en vuestros espíritus que han recogido la esencia de una santa y sublime filipiñidad. ¡Dios y la Patria estarán con vosotros en los actos y deliberaciones de este ilustre Congreso!

Muchas gracias.

CARTA DEL *SPEAKER* DE LA CÁMARA DE REPRESENTANTES

EL PRESIDENTE DE TURNO. El Secretario del Congreso se servirá leer la carta que se ha recibido del Presidente (*Speaker*) de la Cámara de Representantes, dirigida al que tiene la honra de presidir esta sesión.

EL SECRETARIO:

"Manila, 10 de octubre de 1950.

"Hon. Manuel C. Briones,
"Presidente de Turno en la Segunda Sesión
"del Primer Congreso de Hispanistas de
"Filipinas,
"Universidad del Centro Escolar,
"Manila.